

por maldad ó ignorancia condenan todo eso que predispone el corazon á la piedad y á la fe, protestan contra Dios y contra la sumision que le es debida; porque en la fe y en la piedad se comprenden todos los obsequios dignos que el hombre puede ofrecer á Dios.

Un viajero ilustre, despues de describir una procesion de rogativas á que asistió en Funchal (Isla de Madera), continúa así: "Veó aquí á los libres pensadores reirse de la supersticion de los habitantes de Madera, que creen conjurar las enfermedades de las viñas con procesiones. Pues bien; lo diré sin rodeos: aunque soy un hijo del siglo XIX, y aunque no me cuento entre los oscurantistas, esta creencia me parece muy edificante y muy hermosa; porque conviene al que sufre duramente dirigirse hácia su Dios: este Dios no es sordo á las oraciones de aquellos que tienen fe incontrastable en su omnipotencia; y una súplica filial alivia siempre al alma del peso que la oprimia. Por esto encontramos esas ceremonias expiatorias en todos los siglos, entre todos los pueblos, aun entre los griegos, cuya sabiduría es tan decantada, y cuyos filósofos admiramos. Sólo el libre pensador tiene el orgullo de resistir inclinarse . . . hasta en la hora de la muerte; pero aquel momento enseña hasta á un Voltaire, á balbutir oraciones, á buscar temblando ciertos consuelos. (Maximiliano, emperador de México. Memorias.) Y nosotros, al leer la última página de la historia del que así escribia, deducimos que: la fe sumisa y la piedad humilde y sencilla son capaces de elevar el corazon del hombre hasta el heroismo más sublime: obra de que nunca ha sido capaz la irreligion ni la impiedad; si ellas forman fanáticos y obcecados, jamás han producido mártires.

Hé aquí cómo han juzgado de las prácticas religiosas del Catolicismo la *filosofía*, la ciencia de estado, la ciencia religiosa y el sano sentido humano. Si lo que hoy se llama ciencia entre nosotros; es decir, erudicion oficial estudiada al vapor en textos elementales de racionalismo y positivismo; si esa ciencia charla en sentido contrario, la única gloria que puede reclamar es la que de su antagonismo contra el buen sentido de la humanidad le resulta. Pero de esa gloria nos cuidamos muy poco los que sabemos que "la incredulidad científica no es otra cosa que la ignorancia que habla un lenguaje científico; no es más que una máscara que la impiedad se pone para engañar á la conciencia humana, y darla algunas razones absurdas, con el fin de que no crea

en Dios y se adore á sí mismo." A la adoracion de sí mismo viene á dar, por sus pasos contados, el que comienza por arrancar los últimos eslabones de esa cadena que, tocando en la superficie de la tierra, atraviesa todas las regiones del órden providencial y eterno, hasta engancharse al pié del trono de Dios. Y cuando sucede que el necio lleva su sandez hasta este grado, se verifica aquello de que *jamás el hombre está más cerca del bruto, que cuando por sí mismo quiere hacerse semejante á Dios.*

CAPITULO XIII.

CONCLUSION.

Al terminar estas páginas nos parece conveniente recapitular lo que en ellas hemos dicho, para tener ocasion de llamar la atencion de nuestros lectores sobre el espíritu que al escribirnos ha animado, y sobre el resultado que con su publicacion nos proponemos alcanzar.

En nuestro intento de tratar de las peregrinaciones religiosas en la humanidad, en el Cristianismo y en México, comenzamos por dar nociones claras y precisas de esas prácticas piadosas, ya se llamen peregrinaciones, ó ya se digan romerías, de las cuales dijimos que son la expresion natural de necesidades ingénitas de la humana condicion. En prueba de lo qué, las presentamos existiendo desde el período en que sólo estuvo vigente entre los hombres la Ley natural; y luego, continuando en todo el tiempo de la Ley escrita, que fué como el arca de salvacion en que se conservaron intactas las tradiciones primitivas y las verdades dogmáticas y morales reveladas por Dios en el principio; custodiadas por todo un pueblo hasta la venida del Redentor prometido.

Hicimos notar la persistencia de las peregrinaciones antiguas, aun despues de la abrogacion de la Ley escrita, median-tes las cuales se marcaba la transicion, sin violencia, del período de las profecías y de las figuras al del cumplimiento y las realidades.

Separadamente nos ocupamos de las peregrinaciones gentílicas en los tiempos de la Ley natural y escrita; para patentizar que esta comunidad de acciones religiosas entre los hijos de Dios que conservaron su culto, y los hijos de los hombres que torcieron sus caminos, no podía ménos que reconocer un origen comun, anterior al primer cisma religioso consumado en la humanidad. Y seguimos los pasos del gentilismo hasta los días presentes; porque la persistencia de ciertas prácticas religiosas, en medio de la idolatría más abyecta; en los focos de la inmoralidad más monstruosa, y á pesar de la influencia que el curso de tantos siglos ha debido ejercer sobre el humano linaje, demuestra, á nuestro juicio, incontestablemente, que esas prácticas y usos persistentes, entrañan un fondo de verdad que les hace resistir á la accion de los siglos, de las ideas y de las costumbres.

Procedimos luego á tratar de las peregrinaciones en el Cristianismo, ocupándonos, primero de la idea en principio que á ellas preside, y de cuya integridad y pureza cuida celosamente la Iglesia; pasando luego á probar la realizacion de esa idea en hechos no interrumpidos en el curso de diez y nueve siglos. En esto no nos propusimos hacer una historia, verdaderamente tal de las peregrinaciones cristianas; porque ello, aparte de ser un trabajo largo por demás, no conducía á nuestro propósito. Sólo quisimos, mediante la mención expresa de individuados hechos constantes en la historia, probar que desde el primer siglo del Cristianismo hasta el presente, no ha habido uno solo en el cual esa práctica religiosa no haya sido observada con más ó ménos frecuencia, por diversos motivos y á diversos lugares. Esta excursion por todos los siglos cristianos, en busca de hechos de cierta especie para exponerlos áridamente, desprendidos del cuadro de que formaron parte, es un trabajo ingrato para el que lo emprende y fastidioso para quien lo lee; y sin embargo, él es indispensable, supuesto el giro que actualmente se dá á los estudios históricos, principalmente cuando en ellos se trata de atacar al Cristianismo y á la Iglesia Católica. El modo con que hoy se forja, se inventa la historia á gusto y capricho del que pretende autorizar con ella un error, ó todo un sistema de errores, hace necesarios trabajos que no lo eran en épocas de más probidad científica y literaria. En otro tiempo bastaba á un católico el ver observada y sancionada por la Iglesia una práctica cristiana, para respetarla como legítima, sin sospechar siquiera que pu-

diera haber bastardía ni arbitrariedad en su origen; y con la seguridad de que, por más páginas de la historia que revolviere, no encontraría especie fundada que le hiciera vacilar en su juicio. Hoy no sucede así: cuando se trata de atacar á la Iglesia Católica y á todo lo que le pertenece, se *inventa historia*, como se fingen novelas; se *arregla* la historia como la arreglaba Voltaire, cuando se encontraba en apuros para referir algun hecho á gusto del que le pagaba su libro. (1) Por esto hemos dicho otra vez, é insistiremos siempre en ello: que el estudio de la historia eclesiástica, tiene en la actualidad una grande importancia, y que es lamentable verlo ménos cultivado de lo que fuera menester, aun entre personas que, sin tal estudio, en más de un caso no podrán desempeñar cumplidamente su mision y ministerio.

Pasamos luego á hacer conocer la influencia religiosa, moral y social de las peregrinaciones; á indicar cómo esa práctica tan sencilla, que puede ser ejecutada por todo cristiano, sea cual fuere su condicion, cómo ella puede obrar en el mejoramiento del individuo y de la sociedad. Esto seria por demás, si todos tuvieran la temperancia recomendada por S. Pablo, que queria sobriedad en el saber (*sapere ad sobrietatem.*) A todo católico le bastaria saber, que tal ó cual observancia religiosa es autorizada y bendecida por la Iglesia, para estar firmemente persuadido de que esa observancia era buena y santa: y que como tal no podía ménos de producir frutos de bondad y santidad en los individuos, en las familias y en la sociedad. (2). Pero hay cierta curiosidad oficiosa (que ni siempre es buena, ni siempre es mala) que se afana y suda por saber la razon íntima de las cosas; la que, no por ignorada, las cosas dejarían de ser lo que son. Así suele un enfermo impertinente, despues de haberse puesto con entera confianza en manos del médico, exigirle que le explique el modo de obrar de la medicina que le ha prescrito, aunque no entienda palabra de las explicaciones pedidas.

Continuamos luego diciendo lo que se ofrecia sobre peregrinaciones religiosas en nuestra Iglesia Mexicana: en la cual el culto ferviente á la Virgen María, ha sostenido por tres siglos y medio esa costumbre de visitar sus santuarios, tan célebres como numerosos en toda la extension del país; pero muy es-

(1) Véase la nota G.

(2) Véase la nota H.

pecialmente el de Guadalupe, al pié del cerro del Tepeyac, donde el culto á *Nuestra Limpia Señora Madre* tiene desde su principio una forma nacional, que en la actualidad ha reduplicado su significacion é importancia y puede, corriendo los años, tal vez no muy tarde, convertirse en elemento salvador de nuestra patria, tan desgraciada, merced á los crímenes de hijos espúreos, que han echado sobre la nacion entera una responsabilidad solidaria, creada por un puñado de hombres sin pátria, sin fe, sin honor y sin vergüenza.

¡SALVAR Á LA PATRIA POR MEDIO DEL CATOLICISMO! venimos clamando mucho tiempo há. Pero el Catolicismo, para ser un elemento de salvacion, necesita ser un elemento en accion; es decir, el Catolicismo con su fe, su esperanza y su caridad en accion. Sólo con ese elemento en actividad continúa y ferviente, podremos reemplazar esa preciosa institucion social que nos arrebataron los enemigos hipócritas y solapados de nuestra Pátria, la unidad religiosa: que nos arrebataron para, sembrando entre nosotros la division y la discordia, abandonarnos, sin defensa, á discrecion de la corrupcion social, de la inmoralidad política, del indiferentismo y marasmo consiguientes á la carencia de fe en todo; y entregarnos así al vilipendio del mundo y á las garras de aventureros que pretenden *civilizarnos* inoculándonos su indiferentismo religioso, esterilizando nuestro comercio, matando nuestra industria, absorbiendo nuestra nacionalidad.

Y ya que, por la visible intervencion del dedo de Dios, vemos reanimarse el espíritu católico entre nosotros, y que esa reviviscencia se hace cada dia más ostensible en el culto á la Sin par María de Guadalupe, que de todo el país vienen millares de peregrinos á dar testimonio de ese culto en el santuario del Tepeyac, uniendo bajo los colores nacionales el sentimiento religioso y el sentimiento pátrio, parece ser la oportunidad de convertir en programa religioso, social y patriótico el sostén, fomento y desarrollo de ese mismo culto; y al digno objeto de él erigirlo en signo de union y de esperanza que nos guie en las oscuridades del porvenir, y nos inspire la fuerza necesaria para vencer, ó la abnegacion para morir; inútilmente, pero con honra. "Porque más nos vale morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nacion y del Santuario. Y venga lo que el cielo quiera."

Para conseguirlo, basta que todo mexicano recuerde con gratitud y amor el objeto que la Providencia divina se propuso,

al ostentar su poder y su gloria en el portento del Tepeyac: unir los corazones que estaban divididos, y proteger con celestial escudo á los desvalidos. Seamos fieles á las religiosas tradiciones que han informado á nuestra sociedad, por más de tres centurias, y Dios, en su misericordia, tendrá en cuenta nuestra lealtad. "Todos los pueblos tienen ciertas tradiciones que los caracterizan, que los distinguen de los demás, y que los hacen ser, en cierto modo, lo que son. Cuando éstas tradiciones se guardan con veneracion y con respeto, los pueblos viven la vida que les pertenece, caminan por su propia senda, y obran segun el constitutivo de su naturaleza. Pero cuando las tradiciones se desatienden, se olvidan y desprecian, los pueblos se ven atacados de una lenta y penosa enfermedad que barrena sus creencias y echa por tierra su ventura. En tremolando su bandera el descreimiento, pronto vienen á alistarse en sus filas *el egoismo, la indiferencia, la fluctuacion*; y estos son indefectiblemente seguidos, de la desmoralizacion de los trastornos." Esta página, escrita con referencia á otro país y á sucesos que le interesaban, no parece sino que lo fué expresamente para nosotros: y su autor ha dicho en ella, tan bien como nosotros no habriamos podido, cuanto merecia decirse sobre la significacion é importancia actual de nuestro culto Guadalupeano, y de las peregrinaciones y romerías en que de él se hace religioso, nacional y patriótico alarde.

En nuestro capítulo anterior nos ocupamos de responder á algunas de las objeciones y reparos que contra las romerías y peregrinaciones suelen hacerse; y á este propósito citamos el juicio sobre ellas de algunas plumas que creimos competentes y que representan á la *filosofía*, la ciencia de estado, el saber religioso y el buen sentido humano. Tal vez en la materia nos hemos quedado más ciertos de lo que conviniera; pero es imposible, en estudios como el presente, satisfacer á cuanto el espíritu de sofisma puede propalar contra toda verdad, por mejor demostrada que sea. Aun á los sofismas que proceden de error del entendimiento, se pueden oponer principios generales que los echa por tierra, sin que defensa ulterior les sea posible: pero cuando los sofismas proceden del corazon, no valen contra ellos ni la pluma ni la palabra. Y en lo general, los que de estos se valen contra las prácticas católicas, no tienen el error en la inteligencia, sino en el corazon: atacan lo que odian, y odian lo que no puede caber en el lodazal de su alma. El católico, verdadero creyente, y que lleva en su pecho

un corazón recto y puro, cuando se encuentre con uno de esos sofistas, sin entrar con él en inútiles disputas, descienda á su propio corazón, y allí encontrará la solución de toda dificultad.

A esos que llaman *superstición* todo lo que ellos no practican, los sentenció Pascal, en uno de sus profundos aforismos: "Es superstición, decía, colocar la esperanza en las formalidades y en las ceremonias; pero el no quererse sujetar á ellas es soberbia." Ahora bien; los católicos podemos probar que en nuestras prácticas religiosas no ciframos nuestra esperanza en el formalismo de ellas: ¿los que las combaten, sin conocerlas, ni entenderlas, podrán probar que al obrar así no proceden por soberbia de corazón? (1)

Terminaremos haciendo una invitación cordial á nuestros hermanos católicos, para que todos, á porfía, busquemos á los pies de la Inmaculada del Tepeyac el espíritu de fe, de unión, y de abnegación que los enemigos de todo orden han tratado de extinguir, arrebatándonos la unidad católica; sustituyendo á ese espíritu el vértigo de la división religiosa, del indiferentismo práctico en todos los órdenes de la vida social, y de vil sensualismo, incapaz de toda noble pasión y de todo sacrificio generoso.

También invitamos, con afecto igualmente cordial, á nuestros hermanos mexicanos seducidos por la propaganda yankee, á que recordando días mejores; algún día que hayan tenido de católica piedad; algún día en que sobre las rodillas de sus católicas madres hayan aprendido á saludar con amor á la Bienaventurada entre todas las mujeres: algún día en que no hayan tenido á mengua doblar su rodilla ante Nuestra Limpia Señora Madre (TOCHIPAHUACANANTZIN), les invitamos, decimos, con todo nuestro corazón, á que nos acompañen al Santuario del Tepeyac, y junten sus manos con las nuestras para colocar sobre la santa cabeza de la Inmaculada una corona más valiosa que el oro, que las piedras preciosas y las perlas: una corona formada por todos los corazones mexicanos engarzados en la cadena de una misma fe, alentados por una aspiración común, inflamados por la caridad del Cristo, y esmaltados con los colores simbólicos del brillante, de la esmeralda y del rubí. Que la solemnidad religiosa que se prepara de la coronación de la Virgen María, en su milagrosa efigie del Tepeyac, recuerde á todo mexicano, sin exclusión política

(1) Véase la nota I.

ni religiosa, su origen y procedencia católica: su alcurnia de latina sangre, repulsiva de todo elemento de egoísta individualismo, de racionalismo insensato y del insolente libertinaje del espíritu privado: que ese acto de religiosa sumisión simbolice una protesta del debido culto al principio de autoridad procedente de lo alto, tan soezmente conculcado entre nosotros: al elemento de unión y fraternidad, germen de toda fuerza, tan combatido en nuestra patria: que así como para cooperar á la magnificencia de esa fiesta, con igual entusiasmo han contribuido el rico con sus tesoros y el menesteroso con lo que puede escatimar de su misma pobreza: así todos llevemos á los pies de la sin par María los afectos buenos y malos de que nuestros corazones estén llenos, á fin de que acepte como santo tributo los primeros, y extirpe los segundos, aplastándolos con la misma planta que quebrantó la cabeza del dragón antiguo.

A los pies de la que se dignó manifestárenos en el Tepeyac, no veremos más que hermanos en todos los mexicanos; sean cuales fueron sus disidencias políticas y religiosas; sean cuales fueren sus errores de inteligencia ó de corazón. Ante esas virginales plantas, que no somos dignos de besar, damos amistosa cita á todos los hijos de México, para postrarnos en reconocimiento de beneficios nacionales recibidos en trescientos cincuenta y seis años; y en esperanza de recibirlos aun mayores en el supremo peligro que amenaza á nuestra idolatrada Patria. Ese reconocimiento y esa esperanza, es lo que ha inspirado la resolución piadosa, nacional, patriótica de coronar á la santa *Imagen morena*, simbolizando en ese acto de vasallaje humilde el abandono completo que, de nuestros futuros destinos patrios, hacemos á los pies del original del cielo. Si como cristianos hemos reconocido siempre la maternidad de la Virgen por excelencia en favor de todos los mortales; maternidad que le fué impuesta en la cumbre del Gólgota: si como mexicanos la habíamos declarado, desde muchos años, nuestra universal patrona en su advocación de Guadalupe, como nación independiente, como pueblo libre, cuya autonomía desfallece, la proclamamos nuestra REINA y SEÑORA, para más autorizar nuestro supremo grito de angustia, en medio de los furores del vendaval más desecho: SALVANOS QUE PERECEMOS (*Domine, salva nos, perimus.*) No de otro modo la católica Polonia, muy á poco de su conversión al Cristianismo (año 967), se consagró como pueblo á la Virgen María, cuya consagra-

cion renovó despues el rey Juan Casimiro (1,648-1,667); y su Imágen Santa era llevada por los valientes polacos en sus estandartes nacionales, cuando emprendian campaña contra los tártaros. Así tambien Estéban, primer rey de Hungría, descendiente del terrible Atila, proclamó á la Virgen María (año 1,038) soberana de sus Estados, en cuya extension toda se le tributaban los honores y homenajes debidos á una Reina. Así tambien Luis XIII de Francia, ofreció solemnemente su corona y reino á la Santa Virgen, poniéndolos bajo su patronato y proteccion; á la cual creia deber la incolumidad de su monarquía, que desde mucho tiempo venia luchando contra desechas tempestades.

A nuestros lectores que no hayan encontrado en estas pobres páginas novedad ni mérito alguno, les pedimos perdon por el enfado que su lectura les haya causado: y por única excusa de nuestra incapacidad, les decimos con el gran Filósofo chino: *No hago más que transmitir, no puedo crear nuevas cosas. Creo en las cosas de otro tiempo, y por eso las amo.* Y á la Santa Iglesia Católica, á cuyo juicio sujetamos, sin restriccion ni reserva alguna, todo lo contenido en este estudio, le decimos, con la mano sobre el corazon: *Credidi, propter quod locutus sum.* He creido y por eso he hablado. (Ps. CXV. 10.—2.^a Cor. IV. 13.)

UN CATÓLICO.

Tacubaya, Junio de 1887.

NOTAS.

Nota A, fol. 9.—Josefo, historiador judío, refiriéndose á Beroso el Caldeo, dice que en tiempo de éste existian todavía restos del Arca de Noe sobre las montañas de Arménia. Los árabes, los turcos y demás orientales, conservan tradiciones sobre lo mismo, que, aunque difieren en cuanto á la designacion del sitio en que el Arca hizo pié, indican que se conservó por muchos siglos la tradicion verdadera; aun cuando despues los intereses de varios pueblos y sus pretensiones de antigüedad y descendencia inmediata del segundo padre de la especie humana, la hayan alterado en cuanto á la indicacion precisa de una localidad.

Nota B, fol. 24.—Mahoma nació en la Meca, ciudad de antigüedad inmemorial, en la Arabia Feliz, el año 568 de nuestra Era: comenzó á ejercer su falsa mision de *profeta* el año 608; tuvo que salir de la Meca, huyendo de los enemigos de su mision el 16 de Julio de 622; y murió en Medina al Nabí (ciudad del Profeta), donde se conserva su sepulcro. De la fecha de la fuga de Mahoma de la Meca á Medina, llamada ántes Yathreb, se cuenta la Era Musulmana ó Hegira. El año undécimo de ésta, y 632 de la Era Cristiana acaeció la muerte de Mahoma.

Nota C, fol. 40. Este hecho y otros semejantes registrados en la Historia eclesiástica, tuvimos presentes cuando en otro escrito nuestro dijimos que la Iglesia siempre vió de mal ojo á ciertos Obispos que, con pretexto de peregrinaciones piadosas, no guardaban residencia en sus diócesis: cuya asercion nuestra fué malamente entendida como una alusion personal, y con relacion á las peregrinaciones guadalupanas.

Nota D, fol. 42. Decimos *lugar competentemente reconocido*; porque podria acontecer que una conseja vulgar diera origen al culto supersticioso de falsas reliquias, ó de imágenes de Santos á las cuales falsamente se atribuyeran milagros. A los Obispos, y sólo, á ellos, corresponde conocer y declarar en casos tales; y sólo, prévia su declaratoria, puede frecuentarse un lugar, una reliquia ó una imágen bajo título religioso y con público culto. (Concilio III Mexicano, lib. 3.^o, tit. 1.^o. De visitatione propiæ provinciæ § VII, tit. 18, § VIII).